

LA CLASE MEDIA EN LA GRAN BRETAÑA VICTORIANA: IDENTIDAD, PODER Y CULTURA, 1837-1901

John K. Walton
University of Central Lancashire

La Gran Bretaña del reinado de la Reina Victoria conoció cambios sin precedentes en la estructura social de la que fue «Primera Nación Industrial». Entre el gran terrateniente que formó la elite dirigente tradicional y la compleja gradación de trabajadores asalariados en el campo y, cada vez más, en las ciudades, las clases medias de esta cambiante sociedad crecieron rápidamente en números absolutos y significativamente en su porcentaje respecto al total, engrosando la parte central de la pirámide social, lo que desplazó la vieja simplificación visual de la estructura social como un delgado y elegante obelisco sobre una plataforma. Pero esta afirmación oculta una amplia variedad de experiencias, y el desarrollo procedió tanto de la multiplicación de ocupaciones y actividades como también del crecimiento de los bienes en una sociedad desarrollada con una complejidad cada vez mayor. Sobre todo, el crecimiento se concentró en las ocupaciones mercantiles y comerciales. Entre 1851 y 1881 el número de oficinistas, contables y banqueros en Inglaterra y Gales pasó de 45.000 a 225.000, y de un 0,5 por ciento de la población ocupada a un 1,9 por ciento. El porcentaje relacionado con el comercio al por mayor o con la venta al por menor creció de un 6,5 a un 7,8 por ciento. Las viejas profesiones (la medicina, la iglesia, el derecho) apenas corrieron parejas con el crecimiento demográfico, aunque el pequeño grupo dedicado a la literatura o las investigaciones científicas se triplicó. Escocia presentaba parámetros similares. Los cálculos sobre el largo período entre 1841 y 1911 confirman estas claras tendencias, si bien los nuevos grupos ocupacionales comenzaban a reclamar un status profesional en términos de respeto y de capacidad adquisitiva, incluyéndose entre ellos a grupos dinámicos como ingenie-

ros civiles, maestros y músicos, aunque las pretensiones de numerosos miembros de los dos últimos grupos citados de alcanzar una posición profesional desahogada fueran más débiles.

Las categorías profesionales usadas por el censo, y las convenciones adoptadas para clasificar y calcular, cambiaron considerablemente con el tiempo, y podemos solamente confiar en las evaluaciones que reflejen magnitudes amplias. En cualquier caso el importante crecimiento de las capas medias es confirmado por la acusada tendencia alcista en el empleo de sirvientes domésticos, especialmente en las décadas centrales del reinado. Entre 1851 y 1871 el número de sirvientes domésticos femeninos registrado en el censo de Inglaterra y Gales creció cerca de un 73 por ciento, mientras que el número de familias se incrementó sólo un 36 por ciento, siendo las ocupaciones más especializadas y de mayor categoría como amas de llaves, cocineros y criadas las que mayor aumento registraron, más que los meros «sirvientes generales». Esta evidencia es lo bastante sólida como para contrarrestar los graves problemas que en cuanto a definición y coherencia presentan los censos¹.

Este aumento tuvo raíces más tempranas, por supuesto: Holmes y Corfield, entre otros, han examinado el incremento de las profesiones en el siglo dieciocho, mientras Earle ha titulado provocativamente un libro sobre la creciente riqueza e influencia de los comerciantes de Londres entre 1660 y 1730 *La formación de la clase media inglesa*, una de las varias tentativas de autores y editores en este campo para adoptar el título del famoso libro de E.P. Thompson sobre la clase trabajadora inglesa². Davidoff y Hall han argumentado que los modos de vida, las relaciones de género y los modelos de consumo que eran característicos de la burguesía urbana Victoriana habían surgido ya en las ciudades de Birmingham y Colchester —escogidas por ellos como

¹ L. STONE, «Social mobility in England 1500-1700», *Past and Present* 37 (1966); G. BEST, *Mid-Victorian Britain 1851-74* (London: Weidenfeld and Nicolson, 1971), pp. 84-7; W.J. READER, *Professional men* (London: Weidenfeld and Nicolson, 1966), pp. 207-11; J.A. BANKS, *Prosperity and parenthood* (London: Routledge and Kegan Paul, 1954), pp. 83-5; P. HORN, *The rise and fall of the Victorian domestic servant* (Dublin: Gill and Macmillan, 1975); E. HIGGS, *Making sense of the Census* (London: HMSO, 1989).

² H.J. PERKIN, *The origins of modern English society, 1780-1880* (London: Routledge, 1969); G.S. HOLMES, *Augustan England: professions, state and society, 1680-1730* (London: Allen and Unwin, 1982); P. CORFIELD, *Power and the professions in Britain, 1700-1850* (London: Routledge, 1995); P. EARLE, *The making of the English middle class: business, society and family life in London 1660-1730* (London: Methuen, 1989). Ver los trabajos de KIDD and ROBERTS, y de MORRIS, citados abajo, entre otros seguidores de esta fórmula.

muestra— al comienzo del reinado Victoriano. Por su parte, Asa Briggs demostró hace tiempo que el uso contemporáneo del término «clase media» empezó a destacar durante la mitad de la centuria de la clásica (aunque muy debatida) «Revolución Industrial», período comprendido entre el final del siglo dieciocho y el comienzo del reinado de Victoria. Dror Wahrman ha desarrollado recientemente este tema en el contexto del «giro lingüístico», para debatir acerca de la clase media victoriana como una construcción discursiva, argumentando que las representaciones de cómo los contemporáneos la trataban son más accesibles y convincentes que las tentativas para recuperarla como una categoría fija o un conjunto de experiencias vividas³.

No obstante, podemos demostrar que entre 1830 y el fin de siglo Gran Bretaña experimentó una explosión de riqueza (especialmente urbana) entre los estratos más altos de la clase media mercantil, especialmente entre los banqueros y financieros, unido a una gran expansión en el número de holgados comerciantes (fundamentalmente), profesionales y manufactureros, como lo demuestra el desarrollo de frondosos barrios exteriores no sólo en el *West End* de Londres y Glasgow, sino también en ciudades provinciales, como el *Park Estate* de Nottingham y el *Edgbaston* de Birmingham⁴.

Desde los últimos años de la década de 1970 los análisis de Rubinstein sobre registros de testamentos e impuestos de la renta han aumentado extraordinariamente nuestra comprensión de la composición de estos grupos. La cantidad del pago del impuesto de la renta, que comenzó con rentas de £150 por año en 1880, es un buen indicador de la calidad de miembro de las clases medias a través del período. El trabajo de Rubinstein demostró el predominio fuertemente marcado de Londres y los condados del sudeste circundantes, y de la banca y el comercio, frente a la industria manufacturera, en la creación de riqueza individual y familiar. Si miramos las valoraciones del impuesto de la renta en las provincias, los centros mercantiles marítimos de Liverpool (especialmente) y Glasgow tenían un nivel, una posición, muy superior a las

³ L. DAVIDOFF and C. HALL, *Family fortunes: men and women of the English middle class, 1780-1850* (London: Hutchinson, 1987); A. BRIGGS, «Middle-class consciousness in English politics, 1780-1846», *Past and Present* 9 (1956); D. WAHRMAN, *Imagining the middle class: the political representation of class in Britain, c. 1780-1840* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).

⁴ M. SIMPSON and T.H. LLOYD (eds.), *Middle-class housing in Britain* (Newton Abbot: David and Charles, 1977); D. CANNADINE, *Lords and landlords: the aristocracy and the towns 1774-1967* (Leicester: Leicester University Press, 1980); F.M.L. THOMPSON, *The rise of respectable society* (London: Fontana, 1988), capítulo 5.

ciudades manufactureras del interior, incluso a las de la industria del algodón en la zona central de Lancashire. Un claro indicador es que en 1879-80 los ingresos per capita de los impuestos de la renta bajo *Schedule D* (que gravaba las ganancias procedentes de los negocios y de las profesiones) fueran más altos en el concurrido litoral de la costa de sur de Brighton («Playa de Londres»), que en la suma de las ciudades algodoneras de Blackburn y Bolton de Lancashire. Se podría objetar que esos cálculos no eran sintomáticos dado que Rubinstein escogió un año caracterizado por una depresión industrial profunda, pero una valoración a escala regional realizada en los años más prósperos de 1859-60 arroja unos resultados similares.

Esta investigación sobre la riqueza e ingresos que produjeron el comercio y los servicios, especialmente el comercio metropolitano e internacional, a la vanguardia en los análisis del funcionamiento económico británico del siglo diecinueve, limita la importancia de los industriales de provincias que habían dominado previamente el relato. Estos hallazgos pusieron en evidencia el tamaño de los negocios en la industria algodonera de Lancashire, mostrando que las empresas gigantescas de los «Señores del Algodón» eran altamente visibles pero sólo la punta del iceberg, y que la mayoría de los negocios emplearon poco más de cien personas a lo largo del reinado de Victoria, con énfasis singular en las pequeñas empresas fabriles que surgieron en la industria textil, las cuales se expandieron en la segunda mitad del siglo diecinueve. Como los críticos de Rubinstein indicaron, sin embargo, su énfasis en la acumulación de la riqueza era sólo parte de la historia, y como él mismo reconoció en una nota introductoria en un artículo clave, la importancia de los industriales como directores de trabajo, innovadores de tecnología, y promotores de la inversión y la ideología, puede ser mucho más grande que la de esos notables manipuladores anónimos de los mercados de dinero, cuyos nombres y fortunas ha destapado su investigación. El papel de los industriales en la política local de las ciudades provinciales fue otro terreno en el que destacaron, como veremos. Pero esto ha sido una importante reconsideración, con amplias implicaciones sobre las que volveremos⁵.

⁵ Ver especialmente W.D. RUBINSTEIN, «The Victorian middle classes: wealth, occupation and geography», *Economic History Review* 30 (1977), pp. 602-23; idem., *Capitalism, culture and decline in Britain, 1750-1990* (London: Routledge, 1993), p. 30; V.A.C. GATRELL, «Labour, power and the size of firms in Lancashire cotton in the second quarter of the nineteenth century», *Economic History Review* 30 (1977); y J.K. WALTON, *Lancashire: a social history 1558-1939* (Manchester: Manchester University Press, 1987), capítulos 5-6.

Bajo estos estratos caracterizados por la confortabilidad y la seguridad (la verdadera «clase media», según R. Neale) se sitúan los tenderos, pequeños patronos y profesionales marginales, a la vez que nuevas profesiones como contabilidad e ingeniería combatían por su aceptación al lado del trío original de la medicina, la iglesia y el derecho, cada una de las cuales tuvieron sus propias subdivisiones. Era éste el caso de la enseñanza escolar donde localizamos desde los llamados «colegios o internados privados» (*public schools*) que fijaban altos honorarios y reclutaban graduados universitarios para educar a los hijos, y a veces a las hijas, de los ricos, hasta las escuelas cuyos maestros vivieron precariamente en los márgenes de la honorabilidad, y sujetos al capricho y al genio del vicario, pastor o gran patrón que controlaba el cuerpo directivo. Estas gentes de status inseguro o más bajo constituyeron la «baja clase media» de Neale, la cual fue, a su modo de ver, más cuidadosa con su dinero y radical en su línea política, temerosa de ser hundida en el abismo por la desgracia o la insolvencia. En ella se incluían esos profesionales surgidos de los estratos más bajos de las viejas profesiones establecidas (boticarios frente a médicos o cirujanos, curas frente a vicarios o clero mayor, apoderados y procuradores frente a abogados), que carecían del capital y del acceso al patronazgo que resultaban necesarios para construir una red de clientes prósperos o para conseguir el acceso a un lucrativo puesto en la consolidada administración pública. La continuada importancia de redes de patronazgo entre las clases medias victorianas es digna de remarcar como una clara ilustración del impacto limitado de los ideales de competencia y de una carrera profesional abierta al talento.

Había también facultativos marginales de posición incierta, como los homeópatas que fracasaron en su intento de ser aceptados dentro de los cánones de la ortodoxia médica, que fueron restringidos por la regulación del Acta Médica de 1858; o los maestros de música o dibujo que subsistieron con dificultad ofreciendo clases particulares. La posición de los profesionales era particularmente complicada por el incierto status y los cambios a lo largo del tiempo. La profesionalización de la enfermería desde 1860 en adelante provocó un conflicto largo e incierto, enredado por las disputas con las jerarquías médicas que combinaron una explosiva mezcla de status y género, mientras las varias ramas de la ingeniería eran masculinas y menos problemáticas, a pesar de los vínculos con un pasado artesano y mecánico que les llevó a tropezar con los prejuicios tradicionales. Los cambios dentro de la enseñanza de alto nivel en las Universidades de Oxford y de Cambridge, con expectativas nuevas acerca del deber de enseñar seriamente un programa de

estudios y de impulsar la investigación, antes que dirigir de manera distante y lejana la formación del «carácter», ilustran otro tipo de evolución dentro del mundo profesional. A la luz de tales complicaciones, Garrard y Parrott, por ejemplo, van tan lejos como describir todas las nociones sobre la amplia identidad profesional más allá de las ocupaciones individuales como «efímeras», dados los contrastes y los cambios de status, el modo de remuneración (honorarios o salarios), las oportunidades para los negocios y las iniciativas empresariales (de las que los procuradores (*solicitors*) por ejemplo, podían beneficiarse considerablemente), y la falta de asociación y comunicación entre las diversas y prolíficas ocupaciones. Desde esta perspectiva, la fragmentación dentro de «las clases medias» parece particularmente pronunciada. A fin de cuentas, hasta los empresarios dentro de industrias individuales tuvieron dificultad para sostener organizaciones que protegieran sus intereses contra los sindicatos y la competencia externa, aunque mejoraran en esto durante la segunda mitad del siglo diecinueve⁶.

Debajo de estos niveles, y convergiendo gradualmente con ellos, estuvieron los estratos más marginales donde las clases medias más bajas se fundieron casi imperceptiblemente con la clase trabajadora: esas familias cuyas economías familiares combinaron la pequeña escala del cuidado de la tienda con el trabajo a sueldo; o aquellos cabezas de familia que alternaron entre ser pequeños patronos, subcontratistas, autoempleados y trabajadores a sueldo; o bien los oficinistas de trabajos rutinarios que lucharon por mantener las apariencias y emplear un sirviente doméstico, con sueldos no más altos que los trabajadores manuales especializados. La «baja clase media» como etiqueta fue un producto del final del siglo diecinueve, aunque la mayor parte de las dispares ocupaciones antes citadas, estaban ya establecidas al comienzo del reinado de Victoria. H. M. Boot ha argumentado que las ganancias

⁶ R.S. NEALE, *Class in English history 1680-1850* (Oxford: Basil Blackwell, 1981), Capítulo 5; Ivan WADDINGTON, *The medical profession in the Industrial Revolution* (Dublin: Gill and Macmillan, 1984); J.M. BOURNE, *Patronage and society in nineteenth-century England* (London: Edward Arnold, 1986); Judith MOORE, *A zeal for responsibility: the struggle for professional nursing in Victorian England* (Athens, Ga.: University of Georgia Press, 1988); A.J. ENGEL, *From clergyman to don* (Oxford: Clarendon, 1983); J. GARRARD and V. PARROTT, «Craft, professional and middle-class identity: solicitors and gas engineers, c. 1850-1914», in A. KIDD and D. NICHOLLS (eds.), *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the eighteenth century* (Stroud: Sutton, 1998), pp. 148-68; A.J. MCVOR, *Organised capital: employers' associations and industrial relations in northern England 1850-1939* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

reales por término medio de los oficinistas empleados por la Compañía Oriental de India se duplicaron entre 1780 y 1840, en respuesta al crecimiento de la demanda de los escasos administrativos cualificados, aunque le siguió un período de estancamiento que duró hasta 1880. No obstante, desde los años 70 se produjo la gran expansión de este sector servicios dedicado al trabajo administrativo, rutinario y mal pagado, lo que ayudó a cristalizar la percepción de una nueva «clase» social, respaldada por las representaciones literarias del pobre oficinista que aspiraba a integrarse en la clase media. Tales representaciones combinaban lo condescendiente y lo cómico⁷.

Esta disección provisional de las clases medias inglesas, cuya composición estaba volviéndose con el paso del tiempo cada vez más compleja y sutilmente jerarquizada, tiene la dificultad de presentarlas como un grupo unificado, más allá de ese «relleno del sandwich» entre la aristocracia y la nobleza por un lado (muchos de los cuales se estaban volviendo más interesados en el comercio y más comprometidos con los negocios) y los trabajadores manuales por otro. Esto se hace más evidente en los estudios monográficos y en los múltiples estudios-tipo, y durante las dos últimas décadas la dilatada indiferencia de los historiadores hacia las clases medias ha sido significativamente rectificada⁸. Esto ha permitido aclarar que, tal como el término se usa generalmente, las clases medias victorianas no pueden ser identificadas con una particular relación con los medios de la producción: en ellas se incluyen los que viven de las plusvalías (tanto si concierne a las administradas por sí mismos o por otros), de sus rentas, del cobro de intereses (inclusive la inversión en préstamos al gobierno), por honorarios que surgen del uso por otros de su capital intelectual, por salarios del estado o grandes organizaciones tales como iglesias, o por sueldos derivados del trabajo administrativo u otros de «cuello blanco», desde el ejecutivo al rutina-

⁷ G. CROSSICK (ed.), *The lower middle class in Britain 1870-1914* (London: Croom Helm, 1977); C. HOSGOOD, «The «pygmies of commerce» and the working-class community: small shopkeepers in England, 1870-1914», *Journal of Social History* 22 (1989), 439-60; idem., «The «knights of the road»: commercial travellers and the culture of the of the commercial room in late-Victorian and Edwardian England», *Victorian Studies* 37 (1994); G. ANDERSON, *Victorian clerks* (Manchester: Manchester University Press, 1976); H.M. BOOT, «Real incomes of the British middle class, 1760-1850: the experience of clerks at the East India Company», *Economic History Review* 52 (1999), pp.: R.S. NEALE, *Bath: a valley of pleasure or a sink of iniquity* (London: Routledge, 1981).

⁸ Para visiones recientes sobre la literatura de las clases medias Victorianas, ver KIDD and NICHOLLS (eds.), *The making of the British middle class?*, Introduction, and idem. (eds.), *Gender, civic culture and consumerism: middle-class identity in Britain 1800-1940* (Manchester: Manchester University Press, 1999), capítulos 1-2.

rio, o por la combinación de más de una de éstos. Ni son ellos incluso una unificada «bourgeoisie» en el sentido de ser esencialmente urbana: como Míngay (entre otros) ha indicado, el campo victoriano tuvo también sus clases medias, en la forma no sólo de granjeros capitalistas sino también de pequeños trabajadores granjeros que poseyeron su tierra, vendedores de fincas que trabajaban para importantes propiedades, hombres de negocios rurales que emplearon a otros o eran autoempleados, e incluso los niveles más bajos de la administración del ferrocarril con responsabilidades delegadas, entre los que destacaban obviamente los jefes de estación⁹.

Esto es, por supuesto, usar el concepto de clase media de una manera pasiva y descriptiva (que es cómo la mayoría de los historiadores ingleses lo emplean). Antes de los años finales de 1970, hasta que el trabajo de Rubinstein comenzó a divulgarse, era asumido generalmente que una característica clave de los primeros años del reinado de Victoria era el surgimiento de un sector puntero dentro de las clases medias, un tipo consciente de «bourgeoisie» de empresarios manufactureros del norte que se identificó con el Libre Cambio y la mínima intervención del gobierno, defendiendo lo local frente a lo nacional, y las provincias frente a Londres: los que avanzaron lo que Harold Perkin llamó el «ideal empresarial» del trabajo duro, la autosuficiencia y la libre competencia¹⁰. Tal grupo estaba verdaderamente articulado y era altamente visible hacia las décadas de 1830 y 1840, y estaba estrechamente identificado con la Liga contra la Ley de Cereales, cuyo núcleo se situaba en Manchester, constituida en 1838, que hizo campaña por la revocación de los derechos de entrada sobre el grano que aumentaban el precio de los alimentos y los costes de fabricación (como incautamente admitió un portavoz de la Liga, la revocación podría permitir a los empresarios bajar los sueldos) y favorecían los intereses agrícolas frente a los industriales¹¹. Pero después de la revocación de las Leyes del Trigo en 1846, que se debió tanto a la conversión intelectual de Sir Robert Peel, el Primer Ministro, y a la hambruna irlandesa de la patata, como a las actividades de la Liga, esta militante clase media fabril desaprovechó el momento y demostró su incapacidad de promover apoyos para nuevas campañas contra los privilegios legales de la aristocra-

⁹ G. MINGAY, *The Victorian countryside* (London: William Heinemann, 1977), capítulos 6-8.

¹⁰ H.J. PERKIN, *The origins of modern...*

¹¹ P.A. PICKERING and A. TYRELL, *The people's bread: a history of the Anti-Corn Law League* (New York: Leicester University Press, 2000).

cia, especialmente en lo que se refería a las restricciones sobre la venta de la tierra. Esta «Escuela de Manchester» (como también se conoció) fue una fase pasajera, ya en declive a mediados de siglo, más que un giro definido o un rasgo perdurable.

Tampoco los industriales dominaron las clases medias en ciudades y pueblos de provincias, como los estudios locales han demostrado. El análisis de Stana Nenadic sobre las clases medias en Glasgow en 1861 encontró que los fabricantes representaban sólo el 10 por ciento de las 894 familias, mientras las ocupaciones mercantiles y comerciales excedían el 18 por ciento, y los pequeños negocios ascendían a tanto como el 45 por ciento, con los profesionales (18 por ciento), los empleados (8 por ciento) y los rentistas (9 por ciento) completando el resto. Incluso en el marco fabril por excelencia de Bradford, donde la demanda creciente de paños de lana locales («de estambre») ayudó a engendrar el explosivo e incontrolable crecimiento en la mayor parte del siglo diecinueve, surgió un modelo semejante. El análisis de Koditschek de una clase media cuyos viejos líderes se mudaban al campo para ser desplazada por nuevos hombres dinámicos forjados en el clásico molde empresarial, realizado sobre aquellos que al morir dejaron más de 100 libras entre 1838 y 1857, encuentra que sólo el 10% eran fabricantes de estambre, mientras que el 5 por ciento eran comerciantes, el 28 por ciento profesionales o rentistas, y el 43 por ciento salían del «sector de los servicios urbanos», en tanto que el 14 por ciento no podía ser identificado. Una muestra extraída del censo de 1851 encontró que un 35 por ciento de clases medias de Bradford eran fabricantes y comerciantes (el 15% de ropa hecha), mientras un 43 por ciento se dedicaban a «la venta al por menor y el servicio urbano» y un 22 por ciento formaba parte del «sector refinado» de profesionales y rentistas. Si esto es así aplicado a Bradford, quizás pueda esperarse con más motivo en cualquier otro lugar¹².

Pero los industriales importantes eran capaces de ejercer el poder dentro de sus comunidades al margen de la proporción de su número. Su contribución a la política nacional en el nivel parlamentario puede ser insignificante (era éste un territorio en el que la aristocracia y la nobleza rural retuvo un control abrumador) y su papel en el gobierno de los condados pudo ser periférico, incluso después de la introducción

¹² S. NENADIC, «Businessmen, the urban middle classes, and the «dominance» of manufacturers in nineteenth-century Britain», *Economic History Review* 44 (1991), pp. 66-85; T. KODITSCHKEK, *Class formation and urban industrial society* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), pp. 138, 168 y apéndice A.

del sistema de elección democrática de los Consejos de los Condados (había 36 en Inglaterra) en 1888; pero hablamos de una sociedad en la que el gobierno municipal tenía poderes crecientes y una considerable autonomía, y fue en el nivel del gobierno de pueblos y ciudades donde los empresarios fabriles importantes hicieron notar su presencia. Los ayuntamientos de pueblos y ciudades eran cada vez en mayor medida lugares idóneos para ejercer el control sobre el orden público (a través del Comité de Vigilancia y de la policía local), la salud pública (limpieza, desagüe, abastecimiento del agua), el suministro de aquellos servicios y productos que eran vistos como «monopolios naturales» (tanto el agua como el gas, más tarde la electricidad y los tranvías), e incluso los entretenimientos culturales para la población en general como parques, bibliotecas y museos. Cuando las ciudades crecieron y los sistemas de gobierno urbanos se hicieron cada vez más complejos y sofisticados, los funcionarios locales (desde ingenieros del gas y directores del tranvía a empleados de las oficinas locales de impuestos) hicieron sus propias contribuciones a la identidad y estructura de las clases medias. Y las urbes fueron casi repúblicas independientes, imponiendo impuestos más altos a las propiedades de bienes raíces que las del gobierno nacional, y sujetas a una interferencia desde el centro muy limitada, excepto cuando los proyectos irritaban a la oposición local o buscaban extender su poder local más allá de las convenciones corrientes. En este ámbito fue donde las clases medias ejercieron el poder y mejoraron enormemente, y de manera acumulativa, la calidad de vida del pueblo¹³.

En muchas ciudades, los grandes industriales fueron capaces de trasladar la influencia que ellos ejercían como empresarios de una amplia mano de obra (en contraste con otros grupos de clase media) al poder político, como era el caso de la elección de consejeros, regidores o presidentes de los comités que hacían el programa político de la ciudad. En algunas ciudades industriales, como Rochdale en Lancashire, llegaron a formar la mayoría del cuerpo directivo por largos periodos, y rondaron en torno al 30 o 40 por ciento del porcentaje en algunas grandes plazas. No obstante, como contraste representaban pequeñas minorías en los cámaras de los Consejos de las capitales provinciales (en el sentido económico y cultural informal inglés¹⁴) como Birmingham o Leeds, en tanto que por el otro extremo de la jerarquía urbana fueron,

¹³ D. FRASER, *Urban politics in Victorian England* (Leicester: Leicester University Press, 1976); idem., *Power and authority in the Victorian city* (Oxford: Blackwell, 1979).

¹⁴ No eran capitales de condado, aunque dominaban un amplio territorio.

probablemente, sumergidos por la pequeña burguesía en ciudades reducidas como Peterborough, especialmente donde magnates rurales cercanos ejercían su influencia y patronazgo urbano local. Tendieron también a perder poder e influencia en los últimos años del siglo diecinueve, como consecuencia de una emergente participación de los pequeños tenderos y de representantes de los sindicatos, y esta orientación se acentuó en el nuevo siglo¹⁵.

En su clásico trabajo sobre la política urbana Victoriana, E. P. Henock sugirió que los períodos municipales emprendedores y de mejoras urbanas tendieron a coincidir con un alto nivel de influencia de los grandes empresarios, que eran capaces de adaptar sus habilidades empresariales a la arena cívica y a tomar grandes y arriesgadas decisiones, que de otro modo quizás hubieran sido eludidas por los políticos locales que temían los aumentos de los impuestos locales y una reacción de los contribuyentes. A pesar de la existencia de unos pocos ejemplos contrarios, esta idea ha recibido un apoyo general desde los estudios-tipo posteriores. Se considera asimismo que los grandes empresarios estaban también capacitados para extender su influencia más allá de la Casa Consistorial y dentro de otras áreas en las que el poder podía ser ejercido, tal como la Ley de Indigentes, la administración escolar, los favores a cuerpos religiosos, los donativos a proyectos culturales, y las contribuciones a obras de caridad. Por otro lado, su posición podía verse comprometida por unas relaciones laborales difíciles y especialmente por huelgas prolongadas o cierres patronales; y sus esfuerzos a través de las diversas instituciones de gobierno local o de esferas voluntarias fueron complementados por los actos de caridad de muchos hombres profesionales y la ocasional filantropía de mujeres ricas. La política local, en sentido amplio, tendió a ser dominada por pequeños grupos de familias relacionadas en muchos casos por enlaces matrimoniales, que fueron muy activos en toda la gama deberes públicos, lo que ayudó a legitimar la riqueza de la clase dirigente. El reciente enriquecimiento de los industriales se manifestó a través de su influencia política y social en todo el conjunto de la comunidad, con un comporta-

¹⁵ J. GARRARD, *Leadership and power in Victorian industrial towns 1830-80* (Manchester: Manchester University Press, 1983), Capítulos 2-4; E.P. HENOCK, *Fit and proper persons: ideal and reality in nineteenth-century urban government* (London: Edward Arnold, 1973); P. JONES, «Perspective, sources and methodology in a comparative study of the middle class in nineteenth-century Leicester and Peterborough», *Urban History Yearbook* (1987), pp. 22-32; A. RUSSELL, *Political stability in later Victorian England* (Lewes: The Book Guild, 1992).

miento más visible y tangible que los anónimos capitalistas metropolitanos de Rubinstein¹⁶.

Sea como fuese, como Simon Gunn ha defendido, las narraciones que exponen la ascensión de «las clases medias» a la riqueza, influencia y poder a través del siglo diecinueve, han dado paso a nuevas formulaciones durante la década pasada, en parte bajo la influencia del post-modernismo, con respecto a las cuales se han adoptado un amplio espectro de posturas, desde el rechazo a la aceptación vehemente (como muchas de las propuestas en el caso de D. Wahrman). La historia de las clases medias Victorianas ha tomado un giro cultural, influida por el tardío acceso al inglés del concepto de Habermas de la «esfera pública», de las reuniones de grupos urbanos cultos, «racionales» y educados de (invariablemente) hombres que encontraron un espacio, entre lo doméstico y la política nacional, para discutir proyectos y disfrutar de una emergente «alta cultura» del debate, la música y las artes en sus asociaciones voluntarias. Como fue anticipado por Bob Morris para el marco típicamente provincial, comercial e industrial de Leeds, y fue desarrollado por Gunn para Leeds, Manchester y Birmingham sobre un período más largo, esa renovada visión ha llegado a ser una versión alternativa de la ascensión y definición de una nueva clase media, con instituciones que (a diferencia de la Liga contra la Ley de Cereales) hicieron que la gente pudiera actuar conjuntamente a través de los cauces políticos, los cuales, sin embargo, amenazaron con dividirlos en facciones opuestas; pero la esfera de la actividad era local más que nacional, municipal más que parlamentaria, y los conflictos, cuando surgieron, se ciñeron a ese plano más cercano y no trascendieron de aquí. Sin embargo, al igual que la más temprana construcción de una clase media emprendedora alrededor de la Liga contra la Ley de Cereales, y continuando con la aportación de Habermas, este proceso de construcción de una nueva clase media a través de la consolidación de «una esfera pública» se percibe como declinante a partir de mediados del s. XIX, truncando una situación «cumbre» de fuerza y cohesión de este grupo social. Además, esta versión de la clase media ha tenido también que ser ensanchada para tener en cuenta el género, y ajustada para incluir y valorar sus reacciones con respecto a la clase trabajadora y alguna «otra» clase superior¹⁷.

¹⁶ HENNOCK, *Fit and proper persons...*; RUSSELL, *Political stability* y .

¹⁷ S. GUNN, «The public sphere, modernity and consumption», in KIDD and ROBERTS (eds.), *Gender, civic culture and consumerism*, pp. 13-17; idem., *The public culture of the Victorian middle class* (Manchester: Manchester University Press, 2000); R.J. MORRIS,

Una percepción alternativa o complementaria de las clases medias victorianas, cuya influencia se ha extendido más allá de los círculos académicos al más ancho mundo político, ha sido la «tesis de Wiener», basada en *La cultura inglesa y la decadencia del espíritu industrial* del mismo autor, cuya publicación en 1981 coincidió con el desarrollo temprano del Thatcherismo y proporcionó un conjunto agradable de explicaciones culturales para la «decadencia» de Inglaterra, que fueron adoptadas con prontitud por el Nuevo Derecho y las escuelas de Empresariales. Wiener argumentó que el papel industrial pionero de Inglaterra no había ocasionado un cambio duradero ni general en su cultura dominante. En vez de ser eclipsada y suplantada por un énfasis nuevo en la promoción del desarrollo económico y las fortunas personales a través del dinamismo del empresario individual, un ideal más viejo de aristócrata acomodado, que prefiere la estabilidad y la adquisición del capital cultural propio de los *gentlemen*, se reafirmó y asimiló a las nuevas clases medias, a su relajado y rural sistema de valores. Después de que hacia la mitad del siglo un tenue desafío desde lo nuevo abriera paso a los valores de la máxima ganancia, la nueva clase media perdió su identidad distintiva, abandonando el culto del hombre hecho a sí mismo, cuando sus prósperas generaciones se unieron a la aristocracia y nobleza en los «colegios privados» (*public schools*), asumiendo una pátina de aprendizaje clásico y un énfasis en los deportes varoniles y la instrucción del carácter que los preparó mejor para las profesiones de los *gentlemen*, para el servicio civil y la administración del Imperio. Wiener embellece su argumento con ejemplos de la poesía, de la literatura y escritura económica, pero su talento para la cita selectiva es ejemplificada por su referencia del primer verso de la canción popular «Siempre habrá una Inglaterra», que celebra un idilio rural, sin mencionar el segundo verso, que es igualmente elocuente en el elogio de calles activas y de la industria. Hay algo en su argumento —como lo indica la extendida preferencia literaria por el «mito sureño»—, que localiza la «verdadera» Inglaterra en un distrito agrario idealizado, frente al «mito septentrional» del trabajo duro y esforzada industria en feos ambientes industriales. El trabajo subsiguiente sobre, por ejemplo, la influencia cultural de los «colegios privados» (*public schools*) ha fracasado en su intento de probar sus afirmaciones. Asimismo, el argumento de Rubinstein de que la prosperidad de Inglaterra se cimentó en el comercio y finanzas internacionales más que en la industria, y sus

explicaciones acerca de que los valores que Wiener ridiculiza no fueron un obstáculo para ese desarrollo, o que la noción de «decadencia» a través de la economía como un total es ilusoria, además de que las «tesis de Wiener» están basada en falsas premisas, han arrojado nueva luz a la mayoría de los historiadores ingleses¹⁸.

Las revisiones de Rubinstein se sitúan habilmente al lado de las de Cain y Hopkins, que han sostenido que la expansión de la economía británica precedió a la convencional «Revolución Industrial» y que la llave de la ascensión del Imperio inglés no fue el desarrollo industrial como tal, sino lo que ellos llaman el «capitalismo aristocrático», que extendió los valores de los terratenientes hacia las finanzas y los servicios comerciales, al mismo tiempo que preservaba o adaptaba las viejas preferencias culturales (y, ante todo, la persecución del ocio) que estaban lejos de ser incompatibles con esa forma de crecimiento económico. En tanto que las versiones de estos valores llegaron a ser atractivas para los que ascendieron a las clases medias (por contraste con el gran número de «hijos menores» de la aristocracia y nobleza rurales quienes los trajeron a los círculos más altos del comercio y los profesionales), algo de la tesis de Wiener permanece, pero sin las ambiciosas pretensiones explicativas que él hizo derivar de esto¹⁹.

¿De qué otra manera podemos tratar de generalizar acerca de las clases medias británicas, quiénes, aparte de la Liga contra la Ley de Cereales, carecen tan conspicuamente de una identidad política definida? Pueden, a fin de cuentas, ser Conservadores, Liberales o Radicales, o incluso, a finales del diecinueve, socialistas idealistas seguidores de las doctrinas de William Morris y profetas relacionados. La clase media radical, que desafía el orden establecido, tiene un más amplio pedigrí/árbol genealógico, incluyendo, por supuesto, abogados como W. P. Roberts, el «abogado de mineros», un defensor de Cartistas, sindicalistas y secularistas²⁰ cuando estos fueron traídos antes los tribunales, tal como el más famoso abogado Cartista Feargus O' Connor, redactor del periódico estandarte del movimiento la *Northern Star*/Estrella Seven-

¹⁸ M.J. WIENER, *English culture and the decline of the industrial spirit 1850-1980* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981); RUBINSTEIN, *Capitalism, culture and decline in Britain....*

¹⁹ H. BERGHOFF, «Public schools and the decline of the British economy 1870-1914», *Past and Present* 129 (1990); P. CAIN and A.G. HOPKINS, «Gentlemanly capitalism and British expansion overseas», *Economic History Review* 40 (1987), pp. 1-26; M.J. DAUNTON, «Gentlemanly capitalism and British industry, 1820-1914», *Past and Present* 122 (1989).

²⁰ Defensores de de una religión secular humana, sin dogmas teológicos (N. del E.)

trional y Ernest Jones, que impulsaron este movimiento democrático que hizo campaña en una dirección socialista a mediados de siglo. Los Conservadores, siendo mucho más claramente el partido de la aristocracia, la tradición y las grandes propiedades, atrajeron a la clase media rural (especialmente a los granjeros que mantuvieron una relación de deferencia con sus propietarios y quisieron mantener, y luego revivir, tarifas protectoras para la agricultura, socavando de este modo las suposiciones acerca de una automática afinidad entre las «clases medias» y el Libre Cambio, justo como la regulación profesional y los controles en la contratación desafiaron el «ideal empresarial» en un marco diferente), y siempre tuvieron una significativa presencia de clase media incluso en la mayoría de los pueblos manufactureros especializados. Su fuerza en tales lugares estaba creciendo a finales del siglo diecinueve, a medida que se percibían amenazas a la propiedad y al «derecho a controlar y dirigir» provenientes del reformista Partido Liberal y del movimiento obrero, al tiempo que la denostada coalición de fuerzas que defendían los intereses del alcohol (cerveceros, taberneros y cosecheros de cebada) cayó bajo el paraguas protector de los Conservadores.

Las afiliaciones religiosas de las clases medias podían ser Anglicanas o Protestantes Disidentes, tales como Metodistas, Congregacionistas o Baptistas, muy raramente Católicos romanos. Los grupos manufactureros y de comerciantes de provincias eran más afectos a los Disidentes (y por lo tanto Liberales: había aquí una afinidad electiva puesto que el apoyo Conservador hacia la Constitución se extendía a la Iglesia de Inglaterra), pero el éxito financiero incitó el movimiento hacia las filas de los Anglicanos y de este modo hacia la respetable conformidad de la iglesia establecida²¹. Pero éstas fueron tendencias entre grupos, antes que características que pudieran ser asignadas al conjunto de una clase.

Algunas generalizaciones provisionales se pueden aventurar acerca de los niveles, estilos de vida y valores, pero todos, excepto lo más banal, están igualmente acribillados por casos contrarios y excepciones. Los temas que sobresalen como dignos de una más intensa exploración son el consumo y la ostentación (que pueden estar relacionados con la cuestión de las clases medias y la «modernidad», que es otra de las preocupaciones de Gunn); la debatida cuestión de la «respetabilidad», que

²¹ R. DAVIS, *The English Rothschilds* (London: Collins, 1983); D.J. JEREMY (ed.), *Religion, business and wealth in modern Britain* (London: Routledge, 1998); G. JACKSON, *Hull in the eighteenth century* (Oxford: Oxford University Press, 1972); R.G. WILSON, *Gentlemen merchants* (Manchester: Manchester University Press, 1971).

también abarca la religión, y está más directamente ligada al consumo a través del deporte y el entretenimiento; y el papel de las clases medias en las organizaciones voluntarias de la «esfera pública», inclusive actividades caritativas y culturales. Las cuestiones de género han venido incrementándose cada vez más en las recientes discusiones sobre todos estos asuntos.

La historiografía tradicional sobre las clases medias británicas como consumidoras se centra en los fabricantes septentrionales y enfatiza acerca del duro trabajo, la sobriedad, la gratificación diferida y la reinversión de las ganancias en el negocio, junto con un sentido de la misión divina que conduce al individuo piadoso adelante, hacia la auto-realización a través del éxito económico más que por la ostentación pública: una «ética protestante» basada en el cuidado y rectitud individuales, que cosechó su recompensa colectiva por la ascensión del «taller del mundo». Fue ésta, sin embargo, otra imagen que alcanzó su cumbre de plausibilidad alrededor del segundo cuarto del siglo diecinueve; y entonces sólo como una variante en algunas regiones particulares. El éxito financiero de banqueros, financieros y comerciantes, desde los Rothschilds (que eran de todos modos excluidos de este paradigma por la raza y la religión) hacia abajo, se basó más en flujos de información, contactos y previsiones que en horas del confinamiento en el despacho, y los comerciantes de ciudades provinciales como Hull y Leeds fueron propensos a exhibir una preferencia marcada por el ocio, abrazando las apuestas, la bebida, las reuniones de carreras de caballos y extensas visitas a balnearios y centros marítimos de esparcimiento, al lado de jornadas de trabajo de duración limitada²². Incluso los dueños algodoneros de Lancashire, que habían sido particularmente asociados con la ética del trabajo duro y la falta de ostentación, y reclamado ser «prisioneros de sus negocios» a partir de la carencia constante de directores entrenados y fiables para mantener sus negocios florecientes en su ausencia, tuvieron una historia muy diversa. En el Oldham de los años 1830 y 1840, por ejemplo, los principales industriales comprendían desde «la gente de los carruajes» que quería mezclarse socialmente con la elite agraria del condado o con ricos comerciantes del centro de la industria de algodón en Manchester, a discretos y codiciosos patronos del circundante campo que economizaban en sirvientes

²² R. DAVIS, *The English Rothschilds* (London: Collins, 1983); D.J. JEREMY (ed.), *Religion, business and wealth in modern Britain* (London: Routledge, 1998); G. JACKSON, *Hull in the eighteenth century* (Oxford: Oxford University Press, 1972); R.G. WILSON, *Gentlemen merchants* (Manchester: Manchester University Press, 1971).

domésticos y dejaban que sus esposas e hijas hicieran las labores del hogar. El estudio de Brian Law sobre la familia Fielden, cerca de Todmorden, muestra el cambio a medida que pasa el tiempo y cómo los hermanos John, Samuel y Joshua prosperaron y construyeron opulentas casas en el apogeo de la prosperidad de su negocio alrededor de la mitad del siglo (significativamente ellos eran tanto comerciantes como industriales), pero también las variedades entre ellos cuando dos de los hermanos criticaban el despilfarro personal de Joshua aún cuando ellos mismos tenían gustos lujosos como la caza del ave lira²³ y el consumo de vinos escogidos. Esto era, de hecho, la norma entre las clases medias importantes de la mitad del siglo diecinueve en adelante, incluso extendiéndose a miembros de grupos religiosos nominalmente abstemios como los Cuáqueros. La creciente ostentación en la vida y ocio diarios, fue frecuentemente acompañada del movimiento hacia el campo, la adquisición de propiedades rurales (a veces por casamiento), y la migración de larga distancia desde los distritos industriales a un tipo de vida rural como magistrado y cazador de zorros en immaculadas zonas de condados predominantemente rurales como Shropshire, al igual que la común transición hacia a la asentada iglesia Anglicana. Los nuevos éxitos económicos de cada generación producían un movimiento como de olas desde los centros industriales hacia el exterior, socializando pautas y comportamientos²⁴.

Estos eran los grupos más ricos y fue de sus filas de donde salieron los patrocinadores del arte y la «alta cultura», cuyas carreras han sido utilizadas cada vez más por historiadores para salvar a la burguesía victoriana de la acusación de vulgaridad y afán de dinero. Debajo de este nivel, como el visitante y académico francés Hippolyte Taine observó en los primeros años de la década de 1860, había unas desahogadas e importantes clases medias, numerosas y en expansión, gastando en toda la extensión del término sus ingresos, y a veces créditos, en casas y sus componentes, jardines, transporte, trabajo doméstico, escolarización para sus niños y vacaciones. A Taine le impresionaron particularmente los caminos aparentemente interminables de las palaciegas casas burguesas, las cuales se extendían a lo largo de varias millas al oeste de Londres, aunque él hizo comentarios, en semejante línea, sobre el esti-

²³ Esta practica era un símbolo del ocio privilegiado de la aristocracia inglesa (N. del E.).

²⁴ A.C. HOWE, *The cotton masters 1830-1860* (Oxford: Oxford University Press, 1984); J. FOSTER, *Class struggle and the Industrial Revolution* (London: Weidenfeld and Nicolson, 1974), pp. 177-86; B. LAW, *Fieldens of Todmorden: a nineteenth century business dynasty* (Littleborough: George Kelsall, 1995).

lo de vida de ricos granjeros, dándose cuenta sólo posteriormente que en este caso lo que él había visto no era la norma. Tales familias están representadas de manera destacada en las novelas que circularon por bibliotecas de suscripción como la de Mudie²⁵. El *Hard Cash* de Charles Reade es un buen pero olvidado ejemplo, centrado en los esfuerzos de una holgada y provincial familia burguesa para enfrentarse con la pérdida repentina de ingresos y herencia, presentando la transición heroica del hijo desde la no graduación en Oxford a bombero²⁶. A este nivel de vivir desahogadamente que impresionó a Taine, las presiones sociales trabajaron en favor de la adquisición de lo que J.A. Banks refirió como la «parafernalia del buen tono». Esto trajo consigo el mantenimiento de normas que incluían una casa de tres sirvientes, un coche adecuado con caballos emparejados, muebles y recursos adecuados para celebrar fiestas con cena, y la educación de los chicos como internos en una de las *public schools* que proliferaron, al lado del mantenimiento de sirvientes domésticos en una sociedad próspera con bajos impuestos y abundante y barata mano de obra femenina²⁷. Esto en cambio ayudó a explicar el casamiento relativamente tardío de este grupo, especialmente en la medida que las ganancias de profesionales y administrativos de alto rango se tomaron su tiempo para alcanzar un nivel que pudiera satisfacer las esperanzas de potenciales novias y de sus padres.

Aquí es, efectivamente, donde entra el género en la ecuación, y ha sido el tema de una gran parte del trabajo reciente. Hasta hace bien poco, los historiadores habían compartido la suposición victoriana de que el consumo era cuestión de las mujeres (los hombres los proveedores, las mujeres «las ministras del tesoro público doméstico»), de ahí que se consignara la adquisición y compra de bienes en una esfera inferior, femenina y doméstica, y se le diera un aura de blanda frivolidad que disuadía el interés histórico riguroso, de modo que los historiadores se centraron más en lo que se obtiene que en lo que se gasta, así como también más en la producción que en los servicios. Tales enfoques tuvieron una especie de superficial compatibilidad con argumentos feministas acerca del desarrollo de una división de género del trabajo, más aguda en la casa burguesa, cuando hogar y lugar de trabajo

²⁵ H. TAINE, *Notes on England* (London: Thames and Hudson, 1957). La biblioteca Mudie fue muy popular entre las clases medias victorianas, que pagaban una cuota cada semana o mes a cambio de poder tomar prestados libros.

²⁶ C. READE, *Hard Cash* (London: Sampson Low, son and Marston, 3 vols., 1864).

²⁷ J.A. BANKS, *Prosperity and parenthood* (London: Routledge and Kegan Paul, 1954), capítulo 6.

llegaron a estar separados por el desplazamiento/movimiento a los nuevos barrios²⁸. La rápida disponibilidad de sirvientes domésticos permitió la creación del «angel de la casa», imagen de la ornamental mujer de clase media (o *lady*), no ensuciada por el mal considerado trabajo doméstico, apartada del estrés de la vida del negocio, y libre para satisfacer sus gustos y preferencias consumiendo los ingresos de su esposo en compras y servicios²⁹. Esta imagen podría ser difícil de sostener fuera del elegante círculo de las casas cuyos ingresos eran, quizás, de £300 o más por año: una minoría entre las clases medias, pero cada vez más numerosa e influyente.

Estas suposiciones acerca de la feminización del consumo han mostrado estar descaminadas. Por un lado, está la literatura sobre el ascenso del gran almacén y de las compras (*shopping*) como un entretenimiento para mujeres burguesas, que ha recalcado los problemas que, en los últimos años del siglo diecinueve, planteó a las convenciones establecidas la entrada de mujeres de esta condición social en los espacios públicos del centro de la ciudad y calles comerciales no acompañadas por protectores parientes masculinos, provocando temores debido a su inocencia y virtud, especialmente donde ellas compartieron espacios con prostitutas y mujeres de reputación equívoca³⁰. Con este panorama, las mujeres burguesas podrían ser identificadas fácilmente como frívolas consumidoras y esclavas de la moda. Ello fue aplicado especialmente a la gente de la baja clase media de los extrarradios de los años 1880 y 1890, que fueron retratadas por escritores satíricos como obsesivas gastadoras de las ganancias de sus esposos, fácilmente manipuladas por los anuncios, la moda, las amigas y las oportunidades ofrecidas por las «rebajas» anuales³¹. Pero también hay maneras más positivas de interpretar el consumo de las mujeres, en términos de creación de identidades y afirmación de sí mismas por medio de la elección del consumo. A través del período, los hombres fueron capaces de ser también conscientes consumidores de moda, a pesar del dominio hacia la mitad

²⁸ Este es el tema central de DAVIDOFF and HALL, *Family fortunes...*

²⁹ L. NEAD, *Myths of sexuality: representations of women in Victorian Britain* (Oxford: Blackwell, 1988); M. POOVEY, *Uneven developments: the ideological work of gender in mid-Victorian England* (Chicago: University of Chicago Press, 1988); Ian ANSTRUTHER, *Coventry Patmore's Angel* (London: Haggerston Press, 1992).

³⁰ J.R. WALKOWITZ, *City of dreadful delight* (Chicago: University of Chicago Press, 1992).

³¹ C. HOSGOOD, «Mrs Pooter's purchase: lower-middle-class consumerism and the sales, 1870-1914», in KIDD and NICHOLLS (eds.), *Gender, civic culture and consumerism*, pp. 146-63.

del reinado de Victoria de un oscuro y adusto «uniforme» formal para las sólidas clases medias; y los escritores satíricos también pueden deleitarse en revelar las pretensiones en la vestimenta de los jóvenes y ambiciosos, mientras que sugieren que tal asunto podía hacer peligrar su masculinidad³². Pero, como A.J. Hammerton sugiere, la crisis más peligrosa en este ámbito fue encarada por la lucha del empleado de los extrarradios de los últimos años del siglo diecinueve, incapaz de sostener la dominación doméstica a causa de su limitada habilidad para satisfacer las pretensiones de su familia, y excluido del mundo social varonil del pub y los clubs de caballeros por las constricciones de sus limitados medios³³.

En cualquier caso este era el problema del padre la familia. Dentro de este orden de cosas, la cuestión acerca de la respetabilidad llama la atención sobre la crucial división final dentro de las culturas de clase media. Se usó de manera que pareció natural el emparejamiento «clase-media» con «respetable»: hasta asumir que un estilo de vida basado en la conformidad con la domesticidad, la gratificación aplazada, las visitas a la iglesia, el autocontrol, la prudencia y la abstención de bebidas alcohólicas eran una definición característica de las clases medias victorianas. Investigaciones recientes han cambiado tales suposiciones llamando la atención sobre la participación burguesa en las apuestas, especialmente en el mundo de las carreras de caballos; en el consumo y ostentación visibles, sea en la playa o en las calles y plazas de los pueblos industriales; y en el disfrute/ placer de comportamientos clara y directamente sexuales³⁴. El deporte fue una de las mayores preocupaciones del tardío periodo victoriano, con sus propios debates sobre género, profesionalismo, espectadores y «bien hacer». Fue también una magnífica exportación cultural británica³⁵. Estas cosas no deberían sorprendernos, y no deberíamos descartar la amplia capacidad para colocarse y quitarse el «gorro» de la respetabilidad según el lugar, la com-

³² C. BREWARD, *The hidden consumer: masculinities, fashion and city life 1860-1914* (Manchester: Manchester University Press, 1999).

³³ A. J. HAMMERTON, «The English weakness? Gender, satire and “moral manliness” in the lower middle class, 1870-1920», in KIDD and NICHOLLS (eds.), *Gender, civic culture and consumerism*, pp. 164-82.

³⁴ M. HUGGINS, *Flat racing and British society 1790-1914* (London: Cass, 2000); M. HEWITT (ed.), *Unrespectable Victorians* (Leeds: Trinity and All Saints College, 2001).

³⁵ J. LOWERSON, *Sport and the English middle classes, 1870-1914* (Manchester: Manchester University Press, 1993); M. HUGGINS, «Second-class citizens? English middle-class culture and sport, 1850-1910: a reconsideration», *International Journal of the History of Sport* 17 (2000), pp. 1-35.

pañía y las circunstancias, que podían exigir poner en práctica ese juego hipócrita³⁶. Toda la cuestión en su conjunto llama la atención sobre la naturaleza fluida y cambiante de las identidades personales y sus expresiones, y nos recuerda que nuestros esfuerzos por generalizar acerca del comportamiento y la disección estructural, si bien necesarios y con valor como recurso heurístico, pueden solamente contarnos parte de la infinitamente complicada historia de las clases medias británicas³⁷.

³⁶ P. BAILEY, «Will the real Bill Banks please stand up?», *Journal of Social History* 13 (1978-9).

³⁷ P. BAILEY, *Popular culture and performance in the Victorian city* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998); P. JOYCE, *Democratic subjects: the self and the social in nineteenth-century England* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994).